

Mi casa hacia 1960



MARCO ANTONIO CAMPOS

En el angosto jardín de mi casa
los alcatraces abrían de pronto
como campanas con badajo en luz
y la enredadera trepaba el muro
para caer a la casa contigua.
Menos el aroma de hierba y flores
que los gases y humos de las fábricas
respiraba mi sagrada familia.
Rompían en el jardín, desde las casas
de junto, el roto cacareo del gallo,
el voraz aleteo de la gallina
contra la alambrada, el grito agudo
de la maestra, mínima tal duende,
en pleito con la madre, las órdenes
furiosas del furioso obrero
a miembros de su furiosa familia,
las risas de las niñas como plata,
el trazo de la luna en verde mayo.
Alacranes merodeaban la casa.
Mi honrada y pobre casa que lucía
alba en la avenida de los Pinos,
donde el niño jugaba imaginando
que el hogar era calle más libre
y horizonte. Mi honrada y pobre casa,

donde mi padre era abstracción o sombra
y los hermanos bebíamos de noche
la sangre ácida que esos alacranes
bebían de nuestro cuerpo a buena hora.
Desde su habitación, enferma, madre
ordenaba familias y finanzas,
e insegura y poderosa, entre gritos
y golpes, pedía a los hijos duros
las cuatro virtudes cardinales,
buen colegio y promesa de ser ricos.
Dios amenazaba en llamas por boca
de mi madre; "Confiésense", decía,
"Están llenos de pecados y sombras",
y las llamas caían por la escalera.
En otro piso Epifania creaba
otra casa, seguía con malicia
nuestros pasos, servía, y al hacerlo
relataba fantásticas historias
como de Perrault, de Grimm o Caballero.
Amigos y visitas hacían casa
en mi casa. Eran felices. Sonreían.
Y justo, al instante de irse, en sigilo,
los alacranes salían desde lo oscuro.

1992